

Stendhal

# Paseos por Roma

Prólogo, selección y notas  
de David García López

Traducción de Consuelo Berges



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *Promenades dans Rome*

Primera edición: 2007  
Segunda edición: 2015  
Quinta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Giovanni Paolo Pannini: *Paisaje de Roma con el Coliseo* (1738, Marble Hill House, Londres). Patrimonio inglés  
© Bridgeman/ACI  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáenz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo, la selección y las notas: David García López, 2007  
© de la traducción: Fundación Consuelo Berges  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-8812-1  
Depósito legal: M. 4.852-2015  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Prólogo: *Roma o la peregrinación a la belleza*, por David García López
- 29 Cronología
- 35 Bibliografía
  
- Paseos por Roma
- 39 Advertencia
- 41 Paseos por Roma
- 545 Apéndice: Manera de ver Roma en diez días



Prólogo

## Roma o la peregrinación a la belleza

Vida y obra de Henri Beyle, Stendhal

Stendhal comenzaba sus memorias –*Vida de Henry Brulard*– consignando su paseo por San Pietro in Montorio, sobre el Gianicolo, desde donde podía contemplar toda Roma. Era el 16 de octubre de 1832, y el escritor, entonces cónsul francés de Civitavecchia, veía aproximarse sus cincuenta años. Ante ese lugar «único en el mundo», ante esa Roma antigua y moderna, pagana y cristiana, Stendhal podía resumir la historia de la Humanidad que a él le interesaba y hacerla corresponder con la suya: «Voy a cumplir cincuenta años; ya va siendo hora de conocerme. ¿Qué he sido? ¿Qué soy? La verdad es que me vería muy apurado para decirlo».

Es justamente la contemplación de Roma la que lleva a Stendhal a preguntarse por su propia vida, y bajo su sombra iniciará el recorrido de sus recuerdos. Como

ocurrirá en los *Paseos por Roma*, la ciudad, su pasado y presente, su estética y su moral, se convierten en la pauta para la evocación de una senda personal, vital, en la que se analiza al niño, al joven, para entender al hombre maduro en que se ha convertido su autor.

Henri-Maria Beyle, el futuro Stendhal, había nacido en Grenoble en 1783 dentro de una familia «burguesa pero que se creía al borde de la nobleza», según él mismo describe. Después de la temprana muerte de su madre, en 1790, recordará su infancia como un período tremendamente desgraciado, en el que se siente como un auténtico extraño dentro de su familia. Según rememora desde la cincuentena, sus ansias jacobinas se contraponen a la ideología borbónica de su padre. Las noticias de las victorias de los ejércitos revolucionarios le llenan de gozo, para desesperación de sus parientes, anhelantes de la llegada de «los rusos». Sus únicos consuelos durante esos años son su abuelo materno, el médico Henri Gragnon, y los libros que comparte con él o que consigue *distraer* de la biblioteca de su padre. Así comenzará a amar a Rousseau, Saint-Simon, Cervantes o Shakespeare, aunque tenga que ser educado por clérigos como el abate Raillane —«enemigo de la lógica y de todo razonamiento recto»—, que pronto le harán perder la fe para siempre, y contemplar a la religión como un engaño eficaz para detentar el poder político.

Ante el ambiente opresivo que vive en Grenoble, idea salir de la ciudad cuanto antes y alejarse de su odiado padre. Encuentra el medio en su inclinación a las matemáticas y, tras una concentrada preparación, consigue el primer premio de la Escuela Central. Así se le abre el an-

siado camino a París, donde debe presentarse al examen de ingreso en la Escuela Politécnica. Es octubre de 1799, y por fin puede decir adiós a su ciudad natal. La falta de estima por todo lo que deja atrás la transmite meridianamente al recordar sus sentimientos. Una vez sentado en el coche que le conducirá a la capital, observa: «Mi padre lloró un poco. La única impresión que me hicieron sus lágrimas fue encontrarle muy feo». Se convertirá en el modelo para los repulsivos padres de sus célebres novelas posteriores.

Pero lo que el joven Henri presentía como liberación se convierte en una desilusión completa: París le decepciona y, por si fuera poco, acostumbrado a la vista de los Alpes, le sorprende que en la capital «¡no había montañas!». Otro tanto le sucede con las matemáticas, que se le revelan, ya fuera de Grenoble, como un medio de evasión, pero de ninguna forma como un fin vital. La única pasión que mantiene de los años anteriores es convertirse en un nuevo Molière, vivir haciendo comedias y tener a una actriz como amante.

Sus parientes, los Daru, acogen a este joven que vagabundea sin oficio por París y le ofrecen su protección. Su primo Pierre Daru (1767-1829), con una larga carrera en la administración y jefe de división del Ministerio de la Guerra por entonces, terminará consiguiendo a su joven allegado un puesto en su departamento. En la primavera de 1800, Napoleón inicia su segunda campaña italiana. Daru sigue al primer cónsul en puestos de intendencia y hará que el joven Beyle le acompañe como ayudante. Será la primera vez que llegue a Milán, en mayo de ese año. Tras la victoria de Marengo del 14 de junio, las tro-

pas francesas se acantonan en el norte de Italia. Beyle entrará entonces oficialmente en el ejército, siendo destinado al 6.º Regimiento de dragones. Pero la vida militar le disgusta profundamente y siente que pierde un tiempo precioso que debería destinar a las letras. A finales de 1801 consigue volver a Francia y en julio del año siguiente dimite del ejército a pesar de las promesas de promoción que se le ofrecen.

Se inicia así un período que Beyle dedica por completo a la literatura en París, una capital que vivía un período de reposo tras la paz de 1802 y que se convertiría en cabeza del Imperio a partir de la coronación de Napoleón en 1804. Es una etapa de formación, de lecturas y visitas continuas al teatro para el joven Beyle. También de práctica del verso dramático, con pobres resultados. En mayo de 1805 abandona París para dirigirse a Marsella con un doble objetivo: sigue a su amante, la actriz Mélanie Guilbert –único de los sueños primigenios que ha conseguido llevar a cabo–, e intenta dedicarse al comercio. Pero después de un año no se siente feliz con ninguno de estos dos afanes y regresa a París. Su padre no le ofrece la independencia económica necesaria y las rentas que obtiene de la herencia materna son escasas. Precisa un empleo y no le queda más remedio que dirigirse de nuevo a los Daru. Por medio de Martial Daru, hermano de Pierre, consigue entrar en la intendencia militar y pronto las guerras napoleónicas le llevarán por toda Europa.

Se inicia así un período nuevo en la vida de Stendhal. Con el apoyo de sus familiares, desarrollará una sólida carrera en la administración napoleónica, donde irá ad-



quiriendo mayores responsabilidades hasta llegar a ser nombrado auditor del Consejo de Estado en 1810. A la vez gozará de mejores retribuciones económicas. Durante sus estancias parisinas de esos años utilizará carruaje y se permitirá mantener a sus amantes. Será también una etapa notablemente formativa en experiencias vitales, que le ofrece la posibilidad de conocer la Europa central, Alemania y Austria, y llegar a Moscú en la dura campaña rusa de 1812-1813. Además, y aunque fuese en la retaguardia, conocerá muy de cerca la despiadada experiencia de la guerra.

Su primera misión en el ejército le lleva a Alemania en octubre de 1806. Beyle sigue la senda del Emperador y asiste a su entrada triunfal en Berlín. En noviembre será enviado a Brunswick como intendente militar. Dos años, hasta noviembre de 1808, en los que puede disfrutar de una vida tranquila entre los notables de la ciudad. La campaña de 1809 le lleva de nuevo tras las huestes del Emperador. De este modo puede entrar en Viena en la primavera de ese año y asistir al funeral de Haydn. En agosto de 1811 se permite un largo viaje a Italia. En Milán se convertirá en amante de Angela Pietragnua, a la que había admirado ya en 1800. Sin embargo, en julio de 1812 tendrá que incorporarse a la campaña de Rusia y sufrir la catastrófica retirada de la *Grande Armée* durante el invierno. Asiste a las últimas guerras napoleónicas y, tras la caída del Emperador, se dirige a Italia en julio de 1814. Ni siquiera volverá durante los Cien Días de regreso de Bonaparte.

Después de la restauración borbónica, Stendhal prefiere retirarse a Italia. Evalúa que con sus pequeños in-

gresos puede vivir en Milán con la mitad de gastos que en París, donde además los ultras monárquicos inician una política de revancha. En Milán entra en contacto con los círculos liberales, tanto los literarios románticos –allí conocerá a Byron– como los políticos *carbonari*. Será una etapa de varias iniciativas literarias. En enero de 1815 se publica su primer libro: *Vidas de Haydn, Mozart y Metastasio*; y en 1817 la *Historia de la pintura en Italia*, ambas obras plagios de libros de otros autores, ornamentados con comentarios personales. También en 1817 se editará su *Roma, Nápoles y Florencia*, donde el viaje camufla una rabiosa crítica política del Congreso de Viena, verdaderamente sorprendente teniendo en cuenta que se publica tan sólo dos años después de Waterloo. Esta circunstancia le obligó a ser precavido y a firmar la obra con un nombre de resonancias germánicas: «M. de Stendhal», lugar al oeste de Berlín y cercano a Brunswick.

También tendrá oportunidad de realizar varios viajes por Italia e Inglaterra, donde asistirá a representaciones de su adorado Shakespeare. Después de la dramática ruptura con Angela Pietragnua, su siguiente gran amor, no correspondido, será Matilde Dembowski. Su fracaso con esta última dará lugar a la primera idea para *Del amor*, a finales de 1819, e influirá vivamente en el abandono definitivo de Milán, a mediados de 1821, y en el regreso a París.

Serán años de fructífero trabajo literario. En 1822 publica finalmente *Del amor* y comienza una frecuente colaboración en la prensa inglesa. En 1826 publica la segunda edición de *Roma, Nápoles y Florencia*, que en

realidad es un libro completamente nuevo; y en 1828 su primera novela, *Armancia*. También va publicando obras cortas como *Vanina Vanini*, que se incluirá en sus *Crónicas italianas*. En 1829 ve la luz *Paseos por Roma* y, al año siguiente, *Rojo y negro*. A la vez es una etapa de numerosos viajes. Sobre todo por Italia –especialmente largos serán los realizados en 1823 y 1827–, pero también por Inglaterra y el sur de Francia, que incluirá una breve escapada a Barcelona en 1829. Sus dos amores más importantes serán Clémentine Curial, de 1824 a 1826, y Alberte de Rubempré, a lo largo de 1829.

Todo cambiará para Stendhal con la revolución de 1830. Desalojados los Borbones, con la coronación de Luis Felipe de Orleans los amigos de Stendhal llegan al poder y éste espera por fin un nombramiento que le saque de su crónica situación menesterosa. En septiembre de 1830, es nombrado cónsul en Trieste y, aunque llega a tomar posesión, las autoridades austríacas no le aceptan por su liberalismo. En realidad es una bendición para él, pues el lugar le parece terriblemente triste. Al año siguiente es nombrado cónsul en Civitavecchia, y a pesar de que la ciudad le parece igualmente aburrida, cuenta con la ventaja inestimable de estar cercana a Roma, donde Stendhal pasará la mayor parte del tiempo. Aquí aprovechará para iniciar varios textos autobiográficos que quedarán inacabados a su muerte: *Vida de Henry Brulard* o *Recuerdos de egotismo*, y la novela *Lucien Leuwen*. También se le conceden períodos de excedencia remunerados, que le permiten ir a París. Aquí disfrutará de una larga estancia desde 1836 a 1839, plena de creación literaria. En 1838 publica *Memorias de un turista* y al año siguiente

te *La cartuja de Parma*, además de trabajar en la novela inacabada *Lamiel*. Tras una nueva estancia en Civitavecchia, su mala salud le hace regresar a París en noviembre de 1841, donde morirá unos meses después, el 23 de marzo de 1842.

## Composición, edición y recepción crítica de los Paseos

No existen noticias sobre el nacimiento de los *Paseos por Roma* en la correspondencia o la literatura autobiográfica del autor, por lo que su génesis se reduce a suposiciones. La opción más verosímil parece estar relacionada con su deteriorada situación financiera. Stendhal había perdido la posibilidad de colaborar con las revistas inglesas en las que había escrito regularmente desde 1822. Así se veía desprovisto de unos ingresos que servían para redondear el modesto legado materno y la humilde pensión recibida por su trabajo en la administración. Durante 1828, había buscado un empleo sin conseguir ningún resultado. Debió de ser en ese año difícil, en el que Stendhal se encontraba francamente desalentado y durante el cual redactó hasta cuatro testamentos, cuando surgió la idea. Quizá recordara el éxito de su *Roma, Nápoles y Florencia*, cuya segunda edición había visto la luz en 1826, y pensara en un libro de algún modo semejante que tuviera como objetivo Roma, un destino que contaba con un atractivo imperecedero.

Su primo Romain Colomb cuenta que Stendhal le enseñó su primer manuscrito en julio de 1828, cuando el

autor de *Rojo y negro* pensaba escribir una obra de unas trescientas páginas en las que se describieran los principales monumentos de la ciudad. Colomb le aconseja hacer un fresco completo de la Roma antigua y moderna bajo la triple perspectiva de las artes, la política y la sociedad, y se ofrece para ayudarle con los materiales que necesite. Colomb acababa de regresar de Italia y preparaba a su vez el libro de su propio viaje, que se publicará en 1833 bajo el título de *Journal d'un voyage en Italie et en Suisse pendant l'année 1828*. Era por lo tanto el colaborador perfecto para ayudar a Stendhal, especialmente en los datos histórico-artísticos, que fueron a menudo lugar abonado para los gazapos y lapsus del autor. Aun así, los errores serán numerosos en los *Paseos*, tal y como señalarán las primeras críticas periodísticas. Son los «pecados veniales» de los que hablará Giuseppe Tomasi di Lampedusa.

Stendhal trabaja en el proyecto, ayudado por Colomb, durante toda la segunda mitad de 1828, y pide a su amigo Adolphe de Mareste que se encargue de encontrar un editor. El primer objetivo es vender el manuscrito por tres mil francos, pero tras varios intentos infructuosos se consigue la conformidad de Delaunay, que acepta publicar el libro pero a condición de rebajar a la mitad las pretensiones económicas de Stendhal. Éste, aconsejado por sus amigos, no tiene más remedio que aceptar. El contrato se firma el 14 de marzo de 1829 y allí se especifica la tirada de 1.230 ejemplares, 30 de los cuales serán para el autor.

Stendhal vive por entonces una nueva pasión: Alberte de Rubempré. Mérimée lo describe el 23 de marzo

de ese año *amoureux fou* de esa joven casada de veinticuatro años. Los *Paseos* sufrirán el entusiasmo amoroso del autor y la finalización del texto se retrasa. El 19 de abril Stendhal se declara demasiado obsesionado para poder trabajar, y a lo largo de la obra anotará varios mensajes cifrados tocantes a su amada de aquellos días. Durante esas fechas se dedica también a recopilar las noticias que llegan del cónclave de Roma y que se incluirán al final del libro. Se elige al nuevo Papa, Francesco Saverio Castiglione, quien accede al solio como Pío VIII. En el mes de junio, Stendhal ya trabaja en las pruebas, a las que no se aplicará demasiado, como demuestran los numerosos yerros que escaparán a su atención. Con algún retraso, el libro se pondrá finalmente a la venta el 5 de septiembre.

Entre septiembre y octubre aparecerán varias recensiones críticas del libro en revistas francesas. La recepción fue buena en general, aunque tampoco brillante. Se elogió el interés y la utilidad de la obra, pero no dejó de acusarse al autor de ligereza en varios de sus juicios y se incidió, en algún caso con insistencia, en los errores y contradicciones de varios pasajes del libro. Stendhal llegó incluso a enviar una respuesta a la crítica de *L'Universal* en la que trataba de justificarse a la vez que prometía una segunda edición más completa. Pensó seriamente en esta segunda edición –que nunca se produjo en vida del autor–, sobre todo tras su destino como cónsul en Civitavecchia, que le permitía pasar buena parte de su tiempo en Roma. Él mismo corrigió varios ejemplares escribiendo en los márgenes del libro cuando visitaba diferentes lugares de la ciudad. Algunas de estas

anotaciones sirvieron para la segunda edición de los *Paseos*, realizada ya por Colomb, pero sobre todo han proporcionado un gran aparato crítico a los estudiosos modernos de la obra de Stendhal.

### Significación de los *Paseos por Roma*

Stendhal habla al comienzo de la obra de su deseo de escribir un libro que echaba de menos, una obra que deseaba que existiese. Ciertamente, en su viaje por Italia de 1811, ya comentaba su decepción por algunos de los libros de viaje que había consultado: «Me empequeñecían Italia». Como había ocurrido con otros de sus libros, Stendhal no podía afrontar un escrito sin convertirlo en una elaboración profundamente original. Ya la segunda edición de *Roma, Nápoles y Florencia* se había transformado en un libro completamente nuevo, e incluso en los plagios efectuados en las *Vidas de Haydn, Mozart y Metastasio* y la *Historia de la pintura en Italia*, los comentarios personales incluidos en los textos habían logrado crear obras totalmente diferentes, que las dotaban de una originalidad inédita en los libros primitivos. Al apropiarse de la información de los otros autores con objetivos muy distintos, la metamorfosis era completa y sus voces convergían en la suya propia, dando lugar a obras extremadamente personales, completamente stendhalianas.

Esta profunda originalidad se aplica igualmente al género del viaje. Stendhal conseguirá hacer de los *Paseos por Roma* la única guía de viaje que posee el rango de

obra maestra; pero a la vez es un conjunto encantador donde el autor sabe ser a la vez práctico, erudito, sentimental o irónico. Ya el título era un magnífico acierto y contiene en sí mismo un elocuente manifiesto del pensamiento e incluso de la estética del autor. Mientras el *Viaje* o la *Guía* determinan un punto de partida y un destino concreto, el *paseo* implica un movimiento errante, caprichoso, la línea sinuosa de una vida sin reglas, y donde ya hay una especie de prefiguración del *flâneur* que convierte su propio paseo, su vagabundeo por la ciudad, su mirada, en obra de arte. Para visitar Roma es necesario que el turista se convierta en artista. El itinerario propuesto se establece fuera de todo orden o regla, existe para cumplirlo o no dependiendo de múltiples causas, está a la aventura del capricho, de la intuición, del estado de ánimo con el que se ha levantado ese día el paseante: «lo que nos parezca más agradable hoy». Y es ésta una nítida formalización del pensamiento stendhaliano.

Si la búsqueda del placer es el objetivo hedonista declarado por el autor, este propósito no se dirige a una satisfacción directa del deseo sino al disfrute de la espera de su consumación, «la espera de la felicidad». De este modo hay que poner en guardia la recomendación de viajar a Italia, pues «los espíritus groseros que prefieren el acto a la espera quedarán desilusionados». Es necesario, por lo tanto, un continuo errar, una búsqueda incesante de la felicidad: «Si la vida cesara de ser una búsqueda no sería nada», dirá en su correspondencia. Así se perpetúa la vitalidad de Stendhal, su curiosidad inagotable y por lo tanto fecunda, ese gusto por la vida que lleva



consigo, ese refuerzo de la voluntad que le resultaría tan atractivo a Nietzsche.

Se trata de ver para disfrutar, de encontrar el placer estético, un placer de los sentidos. Y de este modo se determina una suerte de viaje iniciático sobre la belleza dirigido por un cicerone mezcla de Papageno intelectualizado y Tamino descreído –por seguir una terminología de su adorado Mozart– que presenta no sólo las cosas que hay que ver sino, y sobre todo, cómo verlas. Para encontrar Roma es necesario convertirse en otro y entregarse a la iniciación. Tal y como había escrito Chateaubriand, «Roma es bella para olvidarlo todo, para despreciarlo todo y para morir». La estimulación del descubrimiento progresivo y personal de cada paseante tendrá en cuenta la sensibilidad de su naturaleza. Cada uno debe seguir aquello que le conmueva, no fiarse de ningún juicio anterior, de ningún camino trillado, de ninguna opinión emitida, para así poder «entrar en el templo de las bellas artes». De este modo el turista se convierte en peregrino en Roma, un peregrino de la belleza.

El ojo debe estar entrenado, ejercitado incluso desde antes de la partida, pues «sólo se goza de Roma cuando se tiene educada la vista». Es preciso liberarse de las pasiones mediocres y tender hacia un gusto subjetivo, poderosamente moderno, que puede ser incluso malo, pero es individual y sentido, pues esta guía que no guía deja a cada uno con su gusto, con su libertad: «No pretendo decir lo que son las cosas: cuento la sensación que me han producido». Ese entrenamiento del ojo se vincula con el gozo de la espera, del acercamiento progresivo hacia la belleza sublime. No se puede acceder a las *Stanze*

de Rafael sino tras meses de residencia en la ciudad, de paseos instructivos. Será asimismo rechazado el método museístico, y el visitante deberá ir directamente ante la obra elegida evitando el recorrido sistemático o habitual; se afirmará así el gusto y la elección propia pues el placer depende de una limitación y de una concentración.

Y es aquí donde el ideario stendhaliano mantiene toda su vigencia para el viajero actual que quiere sortear el itinerario turístico al uso. Se trata de evitar la indigestión de cultura, la saciedad de la contemplación, por medio de la elección minuciosa, adecuada, de los tiempos destinados a la visita y a la admiración de la obra de arte. También la discriminación de lo verdaderamente sensible a nuestra percepción, que evitará caer en la banalización de lo sublime, la enfermedad, la plaga más bien, que afecta al turista habitual que quiere ver todo y admirar todo, sin comprender que la admiración verdadera es rara y lo sublime continuo es imposible. Evitar la obligación de seguir un recorrido reglado y preciso, sistemático, la admiración de unas obras de arte imperativas e ineludibles a las que hay que rendir pleitesía con el mayor de los énfasis, afectando una profundidad no vivida ni disfrutada.

«Lo verdaderamente grande no debe tener ninguna afectación», escribirá en sus diarios, y es en esa aparente necesidad de fingimiento ante lo bello donde la teoría estética de Stendhal une de nuevo arte y literatura. Como rechazó fervientemente esa literatura engolada y artificial que tantos contemporáneos practicaron, así desdeña esa admiración envilecida por las obras de arte sólo comprendidas por el entendimiento pero no intuitas por

nuestra sensibilidad, «esa sensibilidad apasionada sin la cual se es indigno de ver Italia». Pero esta postura contra lo pedante se aplica asimismo contra lo serio. Stendhal advierte de que los *Paseos* son tan sólo un libro para llevar en el bolsillo y al que se puede recurrir de vez en cuando, de manera tan arbitraria como se ejecutan los paseos mismos, un libro en el que el autor recomienda saltar párrafos o páginas sin reparo.

Pero esta formación del gusto hacia lo bello es también moral y política. La historia del arte no es considerada como un goce endogámico y estéril, sino una fracción de la historia política, de las costumbres, un producto condicionado por las coyunturas sociales. La historia también se esclarece con las obras de arte, éstas no son sólo su ilustración pasiva. Porque Stendhal señalaba entre las metas a observar por el viajero no sólo las obras de arte, sino también «el gobierno y las costumbres, que son su consecuencia». El objetivo que se había propuesto como escritor de «conocer el corazón humano» se va a extrapolar a la ciudad entera; de ahí que su recorrido se abra al devenir histórico desde la Antigüedad, pero sobre todo a la Roma cristiana que servía para explicar la realidad contemporánea. Por eso propone una historia completa de Roma desde la Antigüedad hasta la actualidad más cercana. Y la oportunidad se la proporciona la muerte de León XII en febrero de 1829 y el cónclave para la elección del nuevo Papa. Stendhal no duda en incluir este cónclave, que le permite completar el círculo ideal del paseo histórico-artístico propuesto a los lectores. De este modo, los momentos más críticos del papado durante la Edad Media, comentados por Stendhal

con una chispeante irreverencia, desembocaban en la celebración del cónclave contemporáneo. Su aprovisionamiento de noticias a través del *Diario di Roma* y la *Revue de Paris*, trufadas por sus propias experiencias personales en el cónclave de 1823, le permiten redactar su desarrollo desde París como si se encontrara en Roma.

Más que eso, pues crea un personaje novelesco que puede entrar en los lugares más recónditos, más prohibidos, como un precursor del narrador omnisciente para el cual no existen rincones ni conciencias totalmente cerradas o simplemente sagradas. Pero lo que más debió de satisfacer a Stendhal fue la posibilidad que abría la descripción del ceremonial papal para descubrir la hipocresía que lo sustentaba, la génesis de los intereses que alimentaban el poder en la Santa Sede: la duplicidad de los que rodean al Papa y sueñan con sustituirle, las intrigas secretas de los escrutinios o simplemente la degradación que significa la necesidad de tener un nuevo Pontífice antes de la Semana Santa, para no arruinar la temporada turística. El Estado de la Iglesia, que había vuelto a convertirse en una monarquía absoluta y teológica tras la breve República de 1798 y los vaivenes napoleónicos, aparece así como un mundo al margen del progreso, de las Luces, es el gobierno de la teocracia, donde el sacerdote se contrapone al ciudadano, un arcaísmo político y social, una obra de arte del absurdo. En definitiva, la quintaesencia de la Restauración.

En un hombre como Stendhal, con dos odios declarados: la falta de libertad y el papismo, era razonable que se produjera el rechazo visceral de Roma, por lo que la había frecuentado poco. Todavía en 1820 escribía: «Roma

está podrida, todo son curas, lacayos o rufianes de los curas». Normalmente, sus viajes habían sido breves estancias durante las travesías desde Milán a Nápoles. Incluso en *Roma, Nápoles y Florencia*, el número de páginas dedicadas a la *Urbs* era verdaderamente reducido, y ya allí se decantaba por Milán o Bolonia. Este desconocimiento estará en la base de gran parte de los errores que se cometerán en los *Paseos*. De este modo, el consulado en Civitavecchia estimuló frecuentemente su deseo de realizar una segunda edición del libro, que enmendase los lapsus anteriores.

Y, sin embargo, su teoría del arte será eminentemente católica, una suerte de teología romántica de la imagen. Con su espíritu de contradicción habitual, Stendhal declaraba a la libertad enemiga de las bellas artes: «El siglo de los presupuestos y de la libertad no puede ser ya el de las bellas artes». Comprendía que la Iglesia ocupaba todo el dominio de lo sensible a través de las imágenes, de la música, del espectáculo integral que supone la liturgia católica, y su mistificación de lo trascendente se parecía demasiado a la dramatización del amor que proponía el propio Stendhal: la pasión que lleva al hombre más allá de lo humano. El catolicismo es bello y la belleza es católica. La belleza es por lo tanto romana y católica.

## Ediciones de la obra. Nuestra selección

Sólo la edición de 1829 llegó a ver Stendhal en vida, eso sin contar con la impresión clandestina realizada en Bruselas en 1830, uno de cuyos ejemplares poseyó y anotó el